

HOMILÍA.

NO SE DEBE ASPIRAR Á LA GLORIA

DE JESUCRISTO,

SIN LLEVAR SU CRUZ.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Domine, bonum est nos hic esse... Ipsum audite.
Bien estamos aquí, Señor... Escuchád á él solo.

S. Mateo, c. 17. v. 4 y 5.

No hace muchos dias que nos exhortaba la Iglesia á ocultar dentro de nosotros mismos la tristeza, para diferenciarnos así de los hipócritas que la manifiestan en el semblante, como señal de una rigurosa penitencia; pero hoy quiere desterrarla de nuestro corazon, y animarnos á continuar esta laboriosa carrera, descubriéndonos la gloria feliz que nos está preparada, si llegamos á su término. Ardua es la empresa: crucificar continuamente nuestra carne, resistir á nuestras inclinaciones, violentar todos nuestros deseos... es el mayor sacrificio que puede exigírsenos. Pero es un Dios el que lo exige, y nos asegura que toda su dificultad desaparece, si se compara con el premio que nos tiene prometido. No pudiendo los hombres formar la menor idea de la felicidad á que son llamados, por las figuras del pueblo hebreo, ni por los testimonios de los profetas, ni por las palabras del mismo Jesucristo, determina por último ponerla á la vista y aún hacer que la gusten de algun modo; á cu-

(1) Para este dia hay otro sermón del mismo González en la pág. 68 del tomo cuarto de los de *Mision*.

yo efecto elige tres de sus discípulos, y retirándose con ellos á un elevado monte, hace brillar en la superficie de su cuerpo la gloria de su alma. Moises y Elías acuden ansiosos á ver en tan delicioso estado á su libertador, y á hablar con él de las circunstancias de su pasión. Pedro, deslumbrado con aquellos brillantes resplandores, suspira por eternizarse en aquel lugar. El Eterno desciende del excelso trono de su gloria, y complaciéndose con la vista de su amado Hijo, le declara y manda reconocer como tal.

Todo es admirable en aquel monte misterioso. Dios manifiesta y hace gustar á los hombres las delicias celestiales, para suavizar la aspereza del único camino que puede conducirlos á su posesion. La ley, los profetas, los cielos, el mismo Dios dan testimonios irrecusables de la divinidad de Jesucristo y de la verdad infalible de sus palabras. Jesucristo nos asegura, que sin mortificarnos en esta vida, no podemos ser felices en la otra.

Á pesar de esta multitud de portentos y maravillas nosotros imprudentes, si bien damos crédito á tan auténticos testimonios, aspiramos sin embargo á la felicidad de los cielos, aborreciendo la mortificacion en la tierra. Inconsecuencia monstruosa! fatal engaño! que quisiera yo disipar en la exposicion del Evangelio presente. No es mi ánimo retraeros de la alegría, ántes bien os exhortaré á que procuréis participar de la que infunden la felicidad y la gloria de Jesucristo; pero deseo igualmente que no le neguéis en su ignominia, ni le abandonéis en sus tormentos.

Los débiles, Señor, los enfermos y flacos no podemos arribar á la cumbre de la perfeccion en que habita y se pone de manifiesto vuestra gloria: es indispensable para ello que se abata de algun modo vuestra majestad, que descienda á lo profundo y cenagoso de este valle, y que por el vil instrumento de mi lengua os dignéis hablar á las turbas, ansiosas de escuchar vuestra doctrina celestial. Así os lo ruegan por medio de vuestra Madre y nuestra abogada. *Ave María*.

Es tan pesada la cruz que el Señor nos manda llevar en esta vida, que aún vista en hombros ajenos, intimida y acobarda á los mas esforzados. Nuestro maestro y redentor Jesucristo la

toma sobre sí á presencia de sus apóstoles, para animarlos sin duda con su ejemplo á cargar con ella, ó excitarlos al ménos á que partiesen con él su enorme peso; mas Pedro se horroriza, la juzga superior aún á las fuerzas del Omnipotente, y se empeña en persuadirle que debe alejarla, no solo de los hombros sino tambien de la consideracion, dirigiéndole aquellas memorables palabras: *absit à te, Domine* (1): léjos de vos, Señor, semejante empeño. Fatal miseria la del hombre! Pedro, el primero de los apóstoles, el escogido para pastor y maestro de todo el orbe cristiano, despues de tres años empleados en la compañía y escuela de Jesucristo, es todavía ignorante en la ciencia de los cielos, aún no conoce el verdadero espíritu de Dios, porque su razon, oscurecida con el polvo de la tierra y los afectos de la carne, necesita una luz brillante y prodigiosa que la penetre con sus rayos. Esta luz es la que se le presenta en la cumbre del monte. Allí, en aquella soledad, léjos del comercio de los pecadores y separado de los escándalos del mundo; allí, en aquella elevacion, desde donde se pisa con el mas justo desprecio toda la tierra y se toca ya con la mano la puerta dichosa de los cielos; allí es donde prodiga sus favores el Omnipotente; allí infunde la mas sublime ciencia; allí descubre los misterios mas inefables de su divinidad; allí se familiariza con el hombre, le hace ver claramente el fin para que le ha criado, y gustar en parte las inestimables dulzuras de su gloria.

Ah! descarguémonos por un momento del enorme peso de la carne que nos oprime, y superando todas las dificultades que se nos oponen, subamos al monte santo, y veremos lo que no consiguió ver en otro monte Moises, á pesar de sus ardientes deseos y fervorosas súplicas. Veremos la gloria de Dios...; pero son muy débiles nuestros ojos para poder resistir el brillo de aquella luz y majestad. ¿Quién será el osado mortal que se determine á descorrer el velo, con que se oculta Dios á los hombres, y que por un efecto de su bondad descubre á Pedro, Juan y Santiago? No se atreven á tanto los evangelistas sagrados, contentándose con decir sencillamente, que el Señor se trasfiguró en presencia de los tres apóstoles, de Moises y Elías que allí se aparecieron; que su divino rostro resplandecía lo mismo que el sol, tornándose sus vestiduras tan blancas como

(1) *Matth. c. 16. v. 22.*

la nieve; que atónito, enajenado Pedro á vista de tan sorprendente espectáculo, Señor, exclama sin poder contenerse, *nada puede hacer al hombre tan feliz como la permanencia en este monte celestial. Nosotros, si nos lo permites, levantaremos aquí mismo tres tiendas, una para ti, otra para Moises y otra para Elías; y fijemos aquí nuestra morada para siempre.*

Para siempre! Pedro: ¿para siempre en una soledad, en que no hay el menor arbitrio con que acudir á las necesidades indispensables de la vida mortal? Para siempre! ¿sin pensar siquiera en una choza para ti y para tus compañeros? Para siempre, sí. Aún el nombre de necesidad es enteramente desconocido en el lugar en que se ve la gloria del Señor. A su aspecto se transforma su alma, se deifica, nada es ya capaz de apetecer sino la duracion eterna de su felicidad.

Y qué es por último lo que vieron allí los apóstoles? Les manifestó el Señor toda la belleza y hermosura de su rostro? Pero su luz es inaccesible, y nunca llegarán á gozar tanta dicha los ojos de los mortales, porque son incapaces. ¿Fué acaso su verdadera gloria, la sustancia misma de su divinidad? Mucho ménos; porque siendo tan superior á la delicadeza del espíritu, ¿cuánto mas lo será á la grosería de los sentidos? Ah! un solo rayo, una ligera vislumbre que de la gloria del alma asoma por entre mil celajes al exterior del cuerpo, es lo que arrebató de este modo la admiracion de los apóstoles. Pero qué asombro! este mismo rayo de luz se difunde en un solo momento por toda la redondez de la tierra; saca á los Elías de la inaccesible soledad en que se ocultan; penetra á los abismos, y hace salir á los Moises de sus tenebrosos senos; asciende hasta los cielos y obliga al Eterno á bajar del excelso trono de su gloria, para manifestar su complacencia en este acontecimiento tan prodigioso y estupendo. Y si tales efectos produce un solo destello de la gloria de Dios, ¿cuál os parece será la gloria del alma, que libre del peso de la tierra y colocada en aquella morada celestial, cuya belleza no pudo describir el último de los profetas, á pesar de haber reunido al efecto todas las preciosidades de la tierra; se acerque en medio de aquella multitud innumerable de ángeles y santos al solio mismo de la Divinidad, goce el lleno de su luz, se recline como el amado discípulo en el pecho amorosísimo del Señor, beba en aquella copiosa fuente el verdadero dulcísimo néctar de los dioses, disfrute aquella deliciosa

embriaguez que absorbe y enajena, mas no turba ni debilita la razon, y experimente las dulzuras de aquella completa bienaventuranza?

Varones contemplativos, almas angelicales, las que aún en este penoso destierro conversáis continuamente con el Señor y estáis siempre ocupadas en la meditacion de sus divinas perfecciones, venid, desengañad á los ciegos y alucinados mundanos. Abrid en su presencia los senos de vuestro corazon, y verán en él lo que no pueden hallar en el mundo, á pesar de atormentarse cruelmente por alcanzar la vana sombra de felicidad, que está siempre presente á sus ojos fascinados, pero cada vez mas distante de su inquieto corazon. En él verá la verdadera riqueza el avariento, consumido por buscar el oro, sin poder hallar mas que la escoria. En él encontrará la verdadera grandeza el ambicioso, fatigado siempre por seguir el camino de la gloria mundana, sin que logre alcanzar otra cosa que un humo ligero, que luego se disipa. En él gustará la verdadera dulzura el voluptuoso, atormentado sin cesar por beber la dorada copa del placer, en la que jamas encontraron sus labios sedientos sino amarguras que molestan su paladar, y aún venenos que suelen causarle una doble muerte. En él leerá la verdadera ciencia el soberbio filósofo, inquieto toda su vida por descubrir la verdad que se le huye, y se le esconde en castigo de su orgullo, abandonándole á su ignorancia y fatuidad, que le hacen caer en mil errores absurdos. Ah! si pudieran penetrar vuestro interior, si llegaran á gustar una sola vez aquella dulce satisfaccion, aquel gozo inexplicable que sin advertirlo es obliga á exclamar á cada paso como Pedro: *Domine, bonum est nos hic esse*: Señor, no nos privéis jamas de estas dulzuras celestiales; si oyeran que nada os molesta ya en el mundo ni os causa la menor pena, sino el haber de levantaros de los piés del Salvador; si supieran que toda vuestra dicha consiste en la esperanza, en una contemplacion llena de oscuridades y enigmas, en la sola vista de un débil rayo de su gloria, que para llegar á vuestros ojos, tiene que atravesar las densas nubes de la carne y el vestido; qué diversa idea formarian de la gloria! cuánto mas anhelarian por llegar á conseguirla! ¡Qué suaves les parecerian los trabajos, austeridades y penitencias indispensables para merecerla!

Porque desengañémonos; cuanto sea mas preciosa la corona, tanto debe ser la victoria mas difícil; y es una temeridad el as-

pirar por medio del sosiego, de la comodidad y del regalo á la feliz abundancia, que no puede ser sino el fruto del trabajo, de la fatiga y del sudor. Si Jesucristo nos descubre los resplandores de su gloria, lo hace con el objeto de animarnos para cargar con la cruz; si deja ver á sus discípulos la brillante claridad de su cuerpo glorificado, les hace oír al mismo tiempo la conversacion que tiene con los profetas, en que se trata de la ignominia de la pasion y de la crueldad de la muerte. No sé verdaderamente como este Pedro, que ya no puede dudar de la divinidad de su maestro que con tanta severidad le ha reconvenido, y que á pesar de su natural dulzura le repelió de sí seis dias ántes, aplicándole el odioso nombre de *escandaloso* y *Satanas*; no sé, digo, cómo tiene ahora la imprudencia de reproducir sus necios consejos, é insistir en sus escandalosas proposiciones. No bien percibe que su maestro habla con el legislador y el profeta del medio indispensable de redimir el género humano y restablecer el honor divino, vilipendiado por la soberbia del hombre, que era ir á Jerusalem á dar con su pasion y muerte un exacto cumplimiento á la ley y á los profetas, cuando dejado llevar de un amor indiscreto, y sintiendo perder la felicidad que actualmente disfruta, cómo, Señor! exclama, de ninguna manera: *bonum est nos hic esse*. ¿Cabe mayor imprudencia que la de abandonar una gloria tan cumplida, por ir á Jerusalem á buscar unos tormentos tan crueles? ¿A qué es el ir á aquella ciudad, si disfrutamos aquí la dicha que en ella pudiéramos merecer? Aquí, aquí estamos bien: *bonum est nos hic esse*.

Convengamos, señores, en que tambien eran hombres los apóstoles, y que aún tenían necesidad de que se les infundiese un nuevo espíritu para perfeccionarlos. Esta terquedad en su dictámen, este miedo á la adversidad, este odio á la cruz, ¿qué otra consecuencia podía tener de la que tuvo? San Márcos califica de ignorante á san Pedro, asegurando que no sabe lo que dice: yo me inclino mas bien á suponer, que habló como un hombre á quien tiene ciego su pasion. Mas aún aquí no se abrieron perfectamente sus ojos, puesto que su obstinacion le condujo poco despues al mas horrendo de los crímenes, al de desconocer y negar abiertamente á Jesucristo por medio de un execrable perjurio. Y ¿cuántos hay en todos los estados, que tienen la desgracia de imitar su conducta escandalosa?

Con efecto es demasiado comun el querer acompañar á Jesu-

cristo glorificado en el monte Tabor, y abandonarle despues de su prision en el de las Olivas; el exclamar viéndole lleno de gloria: *Señor, aquí debemos permanecer eternamente*; y decir, al mirarle cubierto de ignominias, *juro que no conozco á ese hombre*; alabar la Providencia en la prosperidad, y quejarse de ella, y aún blasfemarla, en el infortunio. Son por desgracia muchos los discípulos del imperfecto Pedro, y demasiadamente raros los imitadores del humilde Job. Este reconoce á su Dios en la mayor indignancia del mismo modo que en la mas copiosa abundancia; besa la mano que le priva de los hijos, y confiesa ser la misma que se los ha concedido; bendice la Providencia en medio de su dolorosa y hedionda enfermedad, lo mismo que en la mas sana y robusta salud; adora postrado á su Dios, cuando se ve insultado de sus amigos, y hasta de su mujer, del mismo modo que al verse elogiado de los hombres y del Criador: aquel, por el contrario, confiesa la Divinidad en la manifestacion de la gloria, y la niega en el sufrimiento de las ignominias; no quiere apartarse de su maestro en el monte Tabor, y huye precipitadamente de su compañía en el de las Olivas: cuando el rostro del Señor despide á todas partes los brillantes rayos de la divinidad, exclama: *bonum est nos hic esse*: no quiero mas felicidad que esta; y cuando está oscurecido con salivas, sudor y sangre, dice con descaro: *non novi illum*: nada tengo que ver con semejante hombre. ¡Asombrosa inconsecuencia, pero demasiado comun por desgracia! El mundo entero, la Providencia, todo se nos figura destinado expresamente á procurar nuestra propia comodidad, y aún á regalar y dar pábulo á nuestras pasiones. Cuando todo sucede á medida de nuestro deseo, reconocemos, confesamos, tributamos mil elogios á la Providencia; mas en cambiándose la suerte, prorumpimos luego en quejas, en censuras, y tal vez en maldiciones y blasfemias contra ella.

¡Terrible vicio, que cunde por todos los estados, y acaso se insinúa por entre las mismas virtudes! En la penitencia se practican con gusto las austeridades que se conforman con nuestra inclinacion; se oye la voz de Dios en el ministro que la anuncia, si no está en oposicion con el apetito; cuando aquellas mortifican una carne inocente, fomentando el orgullo de nuestra alma, nos agradan sobremanera; mas cuando se oponen á nuestra pasion, nos incomodan, se atribuyen á la ignorancia del confesor

ó á sus rarezas, y no se cumplen sino con una repugnancia que destruye todo su mérito. En la oracion, cuando el Señor se digna conceder aquellos consuelos é inefables dulzuras, que se miran como el preludio de la bienaventuranza, el espíritu se anima, se dilata, se complace en el ejercicio, tiene que hacerse una violencia insufrible para interrumpirlo; mas apenas el Señor se retira, privándonos de aquellos consuelos que ántes nos concediera, ya en castigo de nuestra presuncion, ya por probar nuestro sufrimiento y acrisolar nuestra caridad, el espíritu se entibia, decae, desmaya, y la oracion nos parece fria, insípida, fastidiosa. ¡Qué poco justa es la idea que nos hemos formado de la Providencia divina! Pero no es extraño, al ver el alto concepto que hacemos de nosotros mismos, y el error en que estamos acerca de nuestras necesidades. Regularmente antojadizos, como el enfermo, deseamos con ansia lo que perjudica mas á nuestra salud, y solo nos incomoda y molesta lo que arrancaria seguramente la raíz de la enfermedad. Nos quejamos del médico prudente y sabio que mortifica por algunos dias nuestro gusto, con el fin de asegurar nuestra vida dilatados años; y estas diligencias que debieran infundirnos un agradecimiento eterno, son por una dolorosa inconsecuencia causa de que le aborrezcamos, por parecernos que nos aborrece á nosotros. Miserable, funesto engaño! Tan léjos está de eso, que el amor que nos profesa, y un deseo eficaz de devolvernos la salud, le obligan á molestarnos; y es evidente que cuanto mayores sean aquellos, acrecentará la molestia, si es necesario.

Yo no veo en el Tabor á María, y la veo en el Calvario: la veo en el sepulcro, al tiempo de colocar en él el yerto y espantoso cadáver de su Hijo, cubierto de palidez, sangre y heridas; mas no la descubro, al tiempo de salir de allí el mismo cuerpo, resucitado y adornado de los dotes gloriosos. Estas observaciones me demuestran, que debe sernos mas recomendable la Providencia, cuando nos aflige, que cuando nos deleita; cuando nos castiga, que cuando nos colma de bienes. El vano deseo de la independenciam, un empeño tenaz de consultar á nuestro apetito y hacer precisamente aquello á que nos inclina, fué la causa de que nos rebeláramos contra Dios, y de que quedáramos despojados por desgracia del derecho que teníamos á la bienaventuranza. Para reparar aquellos incalculables perjuicios, es preciso resistir á nuestra voluntad y someternos ciegamente á

la de Dios. No hay otro medio, y es necesario aprovecharlo, á pesar de la porfiada resistencia que puedan oponer nuestras pasiones. Esto es lo que tanto repugnaba el apóstol san Pedro, que aún estaba muy distante de la perfeccion evangélica; mas esto es precisamente lo que de él y de todos exige nuestro divino Maestro, y esta la obligacion indispensable que nos impuso su Padre celestial, al darnos el testimonio mas auténtico de su divinidad y comprobar la verdad de su doctrina. Este es, dice con una voz de trueno, mi mismo hijo, mi misma sabiduría, mi misma palabra: *Ipsium audite*: escuchádle. Su doctrina es la doctrina de los cielos, sus palabras son la verdad misma, palabras de vida eterna, las palabras del mismo Dios: *escuchádle*. Él nos asegura que necesitamos morir en el tiempo, para resucitar y vivir en la eternidad. Él nos manda renunciar á la tierra, á la carne, á la misma vida, para adquirirnó el cielo, para glorificar el espíritu, para conseguir una gloriosa inmortalidad. Él nos ordena resistir, violentar nuestras pasiones, mortificar nuestros apetitos, negarnos á nosotros mismos, llevar continuamente la cruz, de cualquier especie que sea, y por mas intolerable que parezca su peso, seguir sus huellas por entre las asperezas de la vida, para que podamos acompañarle tambien en las dulzuras de la gloria.

Y ¿quién será capaz de resistir á la voz de Dios, cuando en premio de nuestra obediencia y resignacion á sus adorables decretos, nos promete tanta felicidad? Ah! si en eso consiste, oigamos con humildad las palabras de su santísimo Hijo, sigamos llenos de valor y confianza el camino que nos dejó trazado, amemos la tribulacion y la penitencia, vencamos todas las dificultades que nos impiden la subida al monte santo, y no omitamos diligencia alguna hasta llegar á él. Oh! ¡qué felicidades nos están reservadas en aquel lugar dichoso! En él disfrutaremos la amable compañía de todos los justos de una y otra ley, gozaremos la presencia de todos los ángeles, nos acercaremos al trono de la Divinidad, cuya gloria veremos claramente, sin que haya nubes ó celajes que nos lo impidan, oiremos la voz del eterno Padre, no ronca y aterradora, sino dulce y amable; y hablando de la cruz, de los dolores, de los tormentos ya pasados, beberemos en abundancia, nos embriagaremos eternamente en aquella fuente inagotable de delicias, proporcionadas á los sacrificios que hagamos ahora para merecerlas. Amen.

SERMON.

DEBEMOS TRABAJAR PARA CONSEGUIR

LA GLORIA.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE EGUILITA.)

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem...., et ducit illos in montem excelsum seorsum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan..., y los lleva aparte á un monte alto, y se trasfiguró delante de ellos.

S. Mateo, c. 17. v. 1 y 2.

Hoy nos dice el Evangelio, amados fieles míos, que Jesucristo nuestro Señor llevó á tres de sus discípulos, Pedro, Juan y Diego, á un monte, que segun san Gerónimo (1), y la opinion mas fundada, fué el Tabor; y que allí en su presencia se trasfiguró, esto es, hizo que se manifestase en su cuerpo sacratísimo alguna parte de aquella inmensa gloria, que gozaba en su alma benditísima desde el primer instante. Habia prometido su Majestad, como advierten Lira y el papa san Leon (2), que algunos de los suyos le verian con resplandores de gloria ántes de morir, y los llevó al Tabor para cumplirles la palabra, pues en la república de Dios nunca riñeron la virtud y la verdad.

Se trasfiguró el Señor, y de tal suerte, que su divino rostro resplandeció como el sol en fuerza de las luces del alma, que reverberaban en el cristal purísimo de su cuerpo, y sus vestidos competian en la blancura con la nieve, y aún mucho mas. ¡Ó almas, y qué gloria nos aguarda! Almas justas, almas atri-

(1) *Hieron. Epist. ad Eustoch.*

(2) *Lyra in Matth. c. 17. Leo, Hom. de Transfig.*